





Los 10  
mandamientos de  
Casey Adams



ALINA NOT

Los 10  
mandamientos de  
Casey Adams



CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2026  
crossbooks@planeta.es  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: María Pascual Alonso, 2025  
© Editorial Planeta, S. A., 2026  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2026  
ISBN: 978-84-08-31477-6  
Depósito legal: B. 306-2026  
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados  
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

*A quienes sonríen bajo las tormentas  
y disfrutan de las tonterías.  
Nunca dejen de hacerlo.*



# PRÓLOGO

Si lo hubiera sabido en aquel momento, tal vez habría dicho o hecho algo diferente cuando me dio la lista. Pero es que esas cosas no se saben. Es imposible, ¿verdad? No se puede predecir el futuro y, aunque pudiéramos, la mayor parte de las veces apostaríamos a que al día siguiente todo va a seguir igual. Al cerebro le gusta la rutina. Al corazón lo que le gusta es no tener que romperse.

En definitiva, yo no sabía que la lista sería tan importante hasta que me vi jugueteando con ese trozo de papel entre los dedos en el asiento trasero de un coche de alta gama frente a las imponentes puertas metálicas del lugar de mi destierro. Mamá dijo que no era un castigo, pero ¿qué otra cosa podía ser? La culpa había terminado siendo mía, como siempre, y nadie más tenía que sufrir las consecuencias de mis actos..., aunque los *actos* no hubieran sido cometidos solo por mí.

Me metí la hoja doblada en cuatro en el bolsillo trasero, me planté frente a la entrada y le dediqué una sonrisa a Ken, el chófer de los Percy, cuando descargó el equipaje a mi lado.

*Hay que ver el lado bueno, Casey.*

Era mi voz, no la suya, pero el efecto tenía que ser exac-

tamente el mismo, porque nunca había importado quién de las dos lo dijera en alto.

Octavo mandamiento.

La directora, Marianne Macrae, había reunido una pequeña comitiva para darme la bienvenida. Me sentí más pequeña porque supe al instante que cualquier trato pomposo no se debía a quién era yo, sino a quién había pagado para meterme allí. Qué curiosas son las familias. A veces, hacen mucho más por ti cuando están lejos. De entre todas aquellas personas que trataban de hacerme creer que el sitio era más un hogar que un colegio, solo una me acompañó hasta el edificio donde viviría los próximos dos años. La señora Newman, la secretaria de la junta directiva, se encargaba de gestionar la residencia de las chicas y, antes de llevarme a la que sería mi habitación, me mostró las instalaciones comunes y me explicó unas cuantas normas de convivencia.

Ahora sé que le gusta repetirlas, aunque no haga falta. Están muy claramente escritas en un cartel enorme en la «sala de esparcimiento».

Demasiadas reglas.

Muchas de ellas en claro conflicto con mi sexto mandamiento.

Volví a rozar el papel, atesorado en el bolsillo, con las yemas de los dedos.

Demasiadas normas.

Y yo ya tenía las mías.

Atenerme a ellas era todo lo que debía hacer durante los próximos dos años.

¿Verdad que parece un plan de lo más sencillo?

15.45 h  
21 de agosto de 2025

## ***THE ROYAL BLAB PUBLICÓ UN HILO:***

Casey Adams. Acaba de llegar y ya está revolucionando Liberty Haven. Puede que su nombre no os suene de nada, aunque ¿qué me diríais si os cuento que es hijastra de William Percy? La han desterrado aquí después de suspenderlo todo el curso pasado, se ve que estuvo muy ocupada para estudiar... Una chica de la que hablar, ¿no os parece?

Sobre todo, porque un pequeño incidente mientras fumaba marihuana (¿medicinal?) la ha puesto en el punto de mira. Las malas lenguas dicen que el atentado contra los enseres personales de Tara Williams fue intencionado.

En *The Royal Blab* tenemos la lengua muy pura, así que hemos de admitir que eso aún no lo sabemos..., pero, tranquilos, pequeños *royals*, lo sabremos muy pronto. Los secretos del Liberty Haven siempre salen a la luz.

De momento, que nadie pierda de vista a Casey. Esta chica promete.



# 1

## LLAMA ANTES DE ENTRAR



### *Casey*

—Esperamos que sepas aprovechar esta oportunidad.

«Espero que os metáis los consejitos por...».

—Sí, claro, por supuesto.

Morderme la lengua no es algo que yo haga muy a menudo. De hecho, mi guía espiritual de vida me impide taxativamente quedarme con las ganas de hacer algo, y, si es cuestión de ponernos estrictos, debo interpretar que eso incluye responder de manera tajante a la secretaria de la junta directiva del internado en el que estoy presa (es un decir, pero también un sentimiento). La mujer me observa como si me estuvieran haciendo el mayor favor de mi vida. Tal vez lo sea, si de esta forma no me expulsan y no tengo que volver a vivir con mi madre y con... los demás. Además, lo de esta vez puede que sí que haya sido pasarse de la raya. Sí, incluso para mí.

Así que respondo educadamente, hago una leve inclinación de cabeza yuerzo una sonrisa. Luego, me doy media vuelta con toda la dignidad posible y tiro de mi maleta, que pesa un par de toneladas, y avanzo por el enorme vestíbulo

en dirección a la escalera. No he recorrido ni la mitad de la distancia cuando la maleta trastabilla por su propio peso y deja caer al suelo las dos bolsas y el neceser que he apoyado encima para no tener que hacer más de un viaje. Ha sido una crueldad hacerme bajar todas mis cosas hasta aquí cuando ya sabían que tendría que volver a subirlas. La señora Newman ni siquiera pestañea cuando me ve en problemas. Me observa con un gesto entre molesto y satisfecho. Confirmado. Soy su menos favorita. *Vaya, ya te digo yo a ti que sí.*

Mientras recojo mis preciadas pertenencias —y doy las gracias en silencio por el hecho de que falte una semana para el comienzo de curso y aún no haya muchas chicas por aquí para regodearse en mi desgracia—, medito sobre lo que me ha traído, a mí y a todas mis cosas, hasta este vestíbulo en este momento tan concreto de mi vida. Imagino que la gente dirá que mi situación actual es fruto de las malas decisiones. Pero lo cierto es que eso no es justo para nada. Y no se ciñe a la realidad de los hechos. Mi anterior compañera de habitación entró en un estado de histeria nerviosa y exigió que me mandaran a otro lado, lo más lejos posible. Injusto desde todos los puntos de vista porque llevábamos los dos meses de cursos de verano compartiendo cuarto y yo jamás le había causado ningún problema. Y, además, siempre le había dejado usar mi champú y eso que es carísimo. Pero, hace un par de días, una esquina de la colcha de su cama ardió de manera accidental. Quiero recalcar lo de accidental, ese punto es importante. Se prendió fuego sin que esa fuera para nada mi intención. Vale, la que encendió la llama fui yo. Pero, en mi defensa, debo decir que yo no pretendía que ardiera su colcha. Y que yo no sabía que esa colcha se la había bordado su abuela. Y que tampoco sabía que su abuela acababa de morir hacía apenas cuatro meses. No hemos llegado a ser tan íntimas. En fin, un accidente, insisto. Lo apagué rapidísimo, casi

ni se notan los daños. Por si hay dudas, no estaba encendiendo un mechero para fumar marihuana, como dice el rumor que se ha extendido en las últimas horas y como declara sin prueba alguna *The Royal Blab*, el perfil de escándalos y cotilleos de la red social exclusivísima de este internado. Al menos, no era ese el objetivo en esta ocasión en concreto. Estaba haciendo... Bueno, ¿qué más da lo que estaba haciendo? Mi intención era buena y lo de la colcha fue un daño colateral. Vale, sí, estaba intentando hacer un ritual de vudú que había encontrado en internet para el idiota que hizo daño a mi amigo, ¿vale? ¿No es eso tener buenas intenciones? ¿Usar magia negra para ayudar a un amigo con el corazón hecho polvo? Es que, si eso no es ser la mejor amiga del mundo, yo ya he terminado por aquí. En serio.

Cuando consigo volver a establecer el equilibrio en mi montaña de cosas personales, miro el interminable número de escalones a los que me enfrento y me trago un suspiro. Una habitación de la segunda planta... y de las buenas. No podía estar más lejos de la anterior. De eso se han asegurado bien. Como si mi querida Tara no estuviera a salvo a menos de dos puertas de mí. ¿Quién se han creído que soy? Casi tengo que dar las gracias por haberme librado de la cárcel, tal y como están las cosas. El caso es que, en cierto modo, he mejorado. Parece que he subido de estatus. Porque la segunda planta del edificio es infinitamente mejor que la primera (y ya no hablemos del puñado de habitaciones de la planta baja). Creo que salgo ganando con el cambio. Dicen que por allí las habitaciones tienen ducha propia, que el aire acondicionado funciona, y que solo alojan a las alumnas con más proyección de futuro. Y allí mora la única en todo el internado —que, irónicamente, tiene por lema el apoyo y la ayuda entre alumnos— que se ha ofrecido voluntaria al instante para compartir su espacio conmigo. Creo que su compañera

anterior se graduó y se fue a final del curso pasado. Y ella es la más famosa de este sitio ahora. Hasta yo la conozco, aunque no hayamos hablado nunca. Es guapa, rica, poderosa, va a pasar a último curso y se quedó durante el verano para el cursillo de orientación para estudios universitarios. Quiere estudiar Relaciones Internacionales. Quiere ser *royal* algún día, o eso dicen. Así que me parece que soy su proyecto de caridad. Ese «yo acogí a quien nadie quería», «soy la voz de la minoría», «todos importáis». Eso es tener ambición, amigos.

En el primer escalón ya me acuerdo de cuando le he dicho a Elliot que no necesitaba su ayuda. ¡Ja! Esto me pasa por orgullosa. Tampoco es que él sea mucho más fuerte que yo, a decir verdad, pero cuatro brazos debiluchos pueden más que dos. Con un poco de suerte, la señora Newman le habría dado permiso para entrar en la residencia femenina durante unos minutos y subir un par de bolsas. Aparto los lamentos para centrarme solo en arrastrar la maleta escaleras arriba. Un escalón detrás de otro. Voy bien. Puede que llegue a la segunda planta dentro de dos semanas, al ritmo que llevo.

—Eh, cuidado, que la bruja puede montar una hoguera en solo unos segundos. —Oigo una vocecita burlona.

Levanto la vista con la mandíbula apretada. Seguro que sí que parezco una bruja. Eso no lo puedo negar. Estoy sudando por todos los poros y sé que tengo que tener el cabello más encrespado de lo que me gustaría. Son dos chicas con las que me he cruzado unas cuantas veces. Y no me gusta que tengan esa imagen de mí, claro, pero mi guía espiritual dice que no debe importarme lo que piensen los demás e intento cumplirlo a rajatabla.

—Dicen que intentó matar a Tara Williams porque tocó su crema hidratante —aporta la otra, mientras pasan casi a

mi lado pegándose todo lo que pueden a la pared para no acercarse más de lo necesario.

Esbozo una sonrisa conciliadora. Intento decir algo para suavizar la situación y me quedo con las palabras en la punta de la lengua. Esas dos ya siguen avanzando escaleras abajo, cuchicheando entre ellas y soltando risitas nerviosas.

—Qué desagradables —murmuro para mí misma—. Y las dichosas escaleras... A lo mejor debería haberle prendido fuego de verdad, el castigo sería mejor. Una cárcel. Con piscina, por favor. Una biblioteca. «Aprovecha esta oportunidad». Oportunidad..., y una mierda.

Voy soltando casi todo mi repertorio de tacos por el camino escaleras arriba. Un taco por cada escalón, cada vez más malsonante. Es la única manera de poder llegar hasta mi nueva habitación.

El pasillo está vacío y casi en completo silencio. Se oye el zumbido de la máquina de aire acondicionado de una de las habitaciones, cuando paso por delante de la puerta. Dicen que ha sido el verano más caluroso en décadas. Ha habido tormentas cada semana, eso también, y la humedad lo empeora todo. Alguien tiene puesta música de los Chainsmokers a un volumen demasiado razonable para que sea divertido. No creo que haya muchas chicas en los dormitorios a estas horas. Las pocas que han pasado el verano aquí o ya han vuelto de las vacaciones estarán disfrutando del estupendo día de sol que hace hoy. No hay razón para quedarse encerrada. A no ser que seas yo y hayas prendido fuego a una colcha.

Casi estoy nerviosa de verdad cuando me enfrento a la puerta cerrada de una de las mejores habitaciones de la residencia.

Lo primero que veo, al mover el picaporte y empujar suavemente, es mucha piel. Demasiada. Sí, definitivamente demasiada piel. Y está bronceada y firme y no tiene ni una

mancha, ni una sola peca, pero, aun así, no es la visión más agradable que podría haberme encontrado. Y preferiría saludarla a la cara, al ser nuestro primer encuentro como compañeras de cuarto, pero lo primero que he visto de ella ha sido su perfecto culo. No está sola. Está a horcajadas sobre el cuerpo de alguien, en la cama. La espalda de ella está ligeramente curvada hacia atrás, dejando que la cascada de su pelo largo y rubio extra brillante le acaricie las nalgas.

Mi nueva compañera de habitación corta repentinamente un gemido de lo más sexi y gira medio cuerpo de golpe hacia mí, sin apartarse de su amante, pero echando chispas de rabia por los ojos. Azules. Fríos. Como el hielo.

—Pero ¿qué demonios...? —gruñe, elevando bastante el tono de voz—. ¡Fuera de aquí!

Eso ya es un bramido en toda regla. Menudo volumen de voz para la modosita que tiene en mente representar al pueblo británico cualquier día de estos.

Cierro la puerta lo más rápido que puedo y me quedo plantada en el pasillo. Normalmente no permito que la gente utilice ese tono conmigo, pero en este caso admito mi parte de culpa. Debería haber llamado. Aunque esta no es una situación que se me pudiera haber pasado por la mente. Todo el mundo piensa que Beatrice Cox es tan conservadora como su padre, el ministro, y que le va ese rollo de reservarse hasta el matrimonio.

Dudo durante unos segundos si debería quedarme esperando o será mejor alejarme un poquito y darles la intimidad que obviamente necesitan. Pero no tengo tiempo de llegar a ninguna conclusión por mí misma, porque, justo cuando lo estoy pensando, oigo voces en el interior del cuarto. Están tratando de ser discretos y hablan prácticamente siseando, pero no me hace falta entender las palabras para ser consciente de que esto es una discusión.

La puerta se abre de golpe y el cuerpo del chico sale al pasillo, caminando hacia atrás y empujado por una mano con una perfecta manicura francesa. Lleva los vaqueros desabrochados y colgando de las caderas y tiene las zapatillas en la mano. Una camiseta sale volando para golpearle el pecho y cae al suelo, sin que él le preste atención.

—Bee..., por favor...

Su tono de voz es pura desolación. Pobrecito. Siempre me da lástima ver a alguien suplicando por amor. Y, tal y como se dirige a ella, no tengo ninguna duda de que el tío está colado. Mucho más que eso. Enamorado como un tonto. Es tan obvio que resulta hasta un poquito patético.

—Lárgate, Gray. Esto no puede volver a pasar. Vete.

Beatrice cierra de un portazo y, por la cara que él acaba de poner, es como si, en vez de encajar en el marco, la madera acabara de golpearle en plena nariz.

Y podría ser uno de los momentos especialmente bochornosos de mi vida... si no fuera muchísimo peor para él.

El chico se queda por unos segundos observando la puerta cerrada, con el pelo castaño oscuro ondulado revuelto sobre la frente y expresión de cachorro abandonado en plena autopista. No puedo evitar recorrer su perfil con la mirada... y luego el resto de su cuerpo. Supongo que es lo bastante espectacular para entender cómo ha conseguido irse a la cama con una chica como Beatrice. Tiene la nariz quizá demasiado respingona, la mandíbula menos ancha de lo que a mí me gusta en los chicos, y las cejas pobladas. Pero el tipo tiene el torso bastante fibroso. Se le marcan los pectorales y puede adivinarse la forma de los abdominales bajo la piel. Hombros anchos y espalda trabajada, ahí merece la pena clavar las uñas.

Vuelvo a prestar atención a su cara cuando capto el movimiento de la nuez arriba y abajo en su garganta al tragar.

Pestañea un par de veces, como si le costara entender lo que acaba de pasar. Ay, qué lástima. El pobrecito está bien fastidiado. Me dan ganas de decirle: «Te han dado un portazo en la cara, chaval, un poco de dignidad».

Se agacha y recoge la camiseta, apretándola en el puño, antes de que me dé tiempo a hablar. Se gira hacia donde estoy y parece un poco sorprendido de verme allí, pero no dice nada. Sus ojos marrones se clavan en los míos por apenas un segundo y, luego, desvía la mirada rápidamente y echa a andar por el pasillo, descalzo, con las zapatillas en una mano y la camiseta en la otra. Lo sigo con la vista hasta que desaparece por la puerta lateral.

Vaya, directo a la salida de emergencia.

Tengo firmes sospechas de que no es la primera vez que este tal Gray se cuele aquí.